

## EL JUICIO FINAL

## FANTASÍA

## I

Anuncio del juicio final á los espiritus malignos.—Lamentos del ángel malo.—  
Postrer ardid del infierno

Así Luzbel exclamaba,  
mientras le oía confuso  
aglomerado el infierno  
en espantoso tumulto:

—Mañana, cuando las llamas  
bajen del cielo á diluvios,  
y, vomitando tormentas,  
sombras aborte el profundo,  
tumba fatídica siendo  
en encontrados disturbios  
las llamas, de las tinieblas,  
y éstas, de aquellas sepulcro;  
y desquiciados los orbes,  
por los espacios cerúleos,  
ya con la llama abrasados,  
ya entre las sombras ocultos,  
amenazando caídas  
perdidos vaguen sin rumbo,  
al ruido de la trompeta  
que anuncie el final del mundo;  
el orbe donde nacimos  
asediaremos sañudos,  
para vestir los despojos  
de los que en él fueron justos,  
y en alas de su pureza,  
los nuestros dejando impuros,  
á juicio pareceremos  
de DIOS ante el trono augusto.—

Al nombre de DIOS heridos,  
como al poder de un conjuro,  
se dispersaron inquietos  
los condenados en grupos,  
hondos gemidos lanzando  
de eternos ecos preludeo;  
y de la atroz gritería  
al descompuesto murmurio,  
despiden rayos sus ojos,  
fatal emblema de orgullo,  
restos de glorias pasadas  
y de alto origen trasunto

—Tremendos sobre nosotros  
—siguió Luzbel,—uno á uno,  
entre martirios sin cuento  
pasaron lustros y lustros,  
sin que el dintel de los cielos  
jamás tocásemos puro,  
aunque á sus puertas llamamos,  
ya humildes, ó ya sañudos,  
ora con fieros enojos,  
ora con llanto importuno;  
pues siempre de sus albores  
ciegos nos dejó el impulso,  
sin que á atenuarlo bastase  
de nuestros antros el humo;  
siendo al medir las esferas  
en desesperados tumbos,  
de su clemencia el escarnio  
y de su gracia el insulto.  
¡Oh! Si nuestra alma rebelde,  
jamás adoró al DIOS sumo,  
al cieno vil aferrada  
por el imán de los gustos;  
y si en prisión afrentosa  
nuestro divino atributo  
la infame cárcel del cuerpo  
ató con lazos robustos,  
¿por qué DIOS, fuente de gracia,  
de su emanación verdugo,  
condenó á eterno martirio,  
en su justicia sañudo,  
al alma que encadenada  
alzarse al cielo no pudo?  
Ganad, hijos del infierno,  
pese á los buenos el hurto,  
y antes que el orbe aniquile  
del juicio el terrible anuncio,  
los restos con que piadosos  
rindieron al cielo culto,  
tal vez porque sus sentidos  
nunca en su afán iracundos  
contra el imperio del alma  
se amotinaron impuros.  
¡Sus!—

Y enderezando al orbe  
los condenados su rumbo,  
aun no colgaban los aires  
las negras sombras de luto,  
cuando en tropel se apostaron  
en los confines del mundo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO RÍEY"  
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

## II

Llamamiento.—Descripción del juicio final

¿Cuál fúnebre estampido  
conturba los revueltos horizontes,  
que á su fragor el orbe estremecido  
lanza de sí cual átomos los montes?

¿Adónde en ronco estruendo  
los mares desbordados,  
rugientes van la inmensidad midiendo  
de planeta en planeta despeñados?

Por el espacio errantes,  
perdido el rumbo de su giro eterno,  
los astros rutilantes,  
las sombras inflamando del infierno,  
cayendo van desde la empírea cumbre  
en ciego parasismo,  
mientras nubes espesas  
se alzan sin fin del tenebroso abismo;  
y en remolinos fieros  
ruedan despedazados  
en amalgama universal mezclados  
llamas, cometas, sombras y luceros.

Hirió la trompa, al resonar, la esfera,  
y en sus impuras fauces dejó ahogado  
el ¡ay! desesperado  
que ronca alzó la humanidad entera.

Id á juicio, mortales,  
sin contener el indolente paso;  
caminad á sufrir eternos males,  
ó eternos bienes á gozar acaso.

¡Ay si al tornar con ánimo doliente  
los ojos desolados  
hacia los gustos del amor pasados  
rojo el pudor os encendió la frente!

Seguid llorando con dolor profundo  
vuestro eternal quebranto,  
ya que alegres tuvisteis en el mundo  
tan en desuso el llanto.

Ajenos de esperanza,  
en vaga lontananza  
el arcángel oíd, que en presta huída

grita, al cruzar la inmensidad inerte:  
—¡Ay del que á Dios no consagró su vial!  
¡Ay del mortal que lo olvidó en su muerte!—

Seguid, prole maldita,  
sin mundanos deseos,  
con ánima contrita,  
á rendir el espíritu en ofrenda  
de impuros devaneos;  
caminad sin rodeos:  
no hay sagrado á que huir; esta es la senda.

Id y arrojad, monarcas de la tierra,  
en oblación amarga,  
esa humilde corona  
que de alta prez en vuestra sien blasona,  
y no á los hombros, en mundano exceso,  
con tan inútil carga  
no pudiendo marchar, dobléis el peso.

¿Por qué ocultáis entre las manos bellas  
las frentes de jazmines,  
vos que brillasteis sin pudor en ellas  
radiantes de hermosura en los festines?

Id, con los ojos falsamente enjutos,  
torpes matronas de insondable pecho,  
donde os esperan los bastardos frutos  
del profanado lecho.

En hombros de los ángeles alzado  
ved de Dios el asiento,  
y cómo ya á su acento  
deja veloz las no acotadas puertas  
de par en par la eternidad abiertas.

Maldecid, turba vil, en mal tan fuerte,  
vuestra existencia entre el placer perdida.  
¡Ay del que á Dios no consagró su vida!  
¡Ay del mortal que lo olvidó en su muerte!

## III

Transformación y ascencimiento de los pecadores.—Ayes de los justos.—Preponderancia del cuerpo sobre el imperio del alma.

Y alzándose de las tumbas  
al universal crujiir,  
van en sus cuerpos las almas  
cruzando el aire sutil.  
Y cuando algunas, ya altivas,

tocan del cielo el confin,  
 otras, rastreras, el polvo  
 miden con hondo gemir,  
 pues de sus restos antiguos  
 con ansia inquiriendo el fin,  
 en vano, hozando sepulcros,  
 discurren aquí y allí,  
 hasta que al murmullo ronco  
 de un satánico reír,  
 escuchan sobre los aires  
 clamar á Luzbel así:

—Con nuestros restos, á juicio  
 almas dichosas, venid,  
 ya que en los vuestros nosotros  
 vamos con vuelo gentil.  
 Y á fe que prendas tan leves  
 son fáciles de subir,  
 mientras que torpes las nuestras,  
 pegadas al cieno vil,  
 tal vez á ascender se nieguen  
 por círculos de zafir;  
 y si en tal caso os agobian,  
 lo que sufrimos, sufrid.—

Dijo; y conformes los buenos  
 con tan infernal ardid,  
 vistén sus formas humildes,  
 ayes lanzando sin fin.

¡Ay, que ignoráis resignadas,  
 almas de origen feliz,  
 que los sentidos rebeldes,  
 en espantoso motín,  
 también las almas aferran  
 como esas que veis subir;  
 y espíritu y carne entonces  
 luchando en abierta lid,  
 suele á la impura materia  
 rendirse el alma servil  
 ¡Vos, que cruzasteis el mundo  
 con formas de serafín,  
 sin que sintieseis el fuego  
 de las pasiones hervir,  
 aun no sabéis cuál marchita  
 de nuestra edad el abril,  
 el ansia de las potencias,  
 cuando guerreando entre sí,  
 ansioso busca el oído  
 profanos sonos que oír,

ebrios de placer los labios  
 otros labios de rubí,  
 fantasmas de amor la mente  
 de misterioso perfil,  
 lumbre que admirar los ojos,  
 sendas el pie que seguir;  
 y en tan inciertos deseos,  
 y en tan encontrada lid,  
 aquí anhelando placeres,  
 llorando gustos allí,  
 llevan al alma aferrada  
 tras de la materia ruin,  
 para concederla sólo  
 la libertad al morir;  
 ¡y entonces Dios la destierra  
 donde por siglos sin fin  
 padezca, porque no pudo  
 en su dolor resistir!

Mas vos, con fervor divino  
 mil veces más fuerte y mil,  
 con esos viles despojos,  
 almas dichosas, subid.

Y suben, mientras aun se oye  
 por el desierto confin:  
 —Y si en tal caso os agobian,  
 lo que sufrimos, sufrid.—

## IV

Vencimiento del espíritu por abyección de la materia

Y apenas en sus leyes sacrosantas  
 Dios decretó la universal discordia,  
 á la turba infernal miró á sus plantas,  
 gritando en hondo afán:—*¡Misericordia!*

—Silencio, vil tropel, de Dios maldito;  
 tarde la gracia del Señor granjeas.—  
 Y la turba infernal alzando el grito,  
 repite sin cesar:—*¡Bendito seas!*

—¿Por qué los ojos á mi luz no esconden  
 deslumbrados los hijos del profundo?—  
 Y á las palabras del Señor responden:  
 —*¡Paz y salud al Redentor del mundo!*

—¿Son éstos los que en ciego desvarío  
 jamás tornaron á su Dios los ojos?—  
 —Los mismos son; pero piedad, Dios mío,—  
 clamó Luzbel, y se postró de hinojos,

—Si olvidados de vos ayer seguimos  
tras el cebo carnal de nuestros gustos,  
hoy redención á demandar venimos  
con las prestadas formas de los justos.

»¿A qué al infierno desterrar sañudo  
el alma de estos míseros nacidos,  
si siempre débil contrastar no pudo  
el impuro motín de los sentidos?

»¿Ni cómo ante su Dios se postraría,  
en cárcel mundanal el alma presa,  
quien recibió de la fortuna impía  
torpe la lengua y la rodilla aviesa?

»Si los que alzasteis compasivo al cielo,  
con nuestras formas vuestro ser adoran,  
¡ay de los tristes que en amargo duelo  
á vuestros pies arrepentidos lloran!»

—Venid—dijo el Señor,—mis escogidos.—  
Y un ¡ay! se oyó que conmovió el profundo;  
mientras suena en los aires esparcidos:  
—¡Paz y salud al Redentor del mundo!

## V

Imperfección humana.—Rebelde de los sentidos.—Lucha del espíritu y la carne

Presentes los escogidos  
ante el Señor que los nombra,  
con hondo afán arrastrando  
de los demonios las formas,  
sacrílegos á sus ojos  
alzan la frente orgullosa,  
y ni le acatan altivos,  
ni irreverentes se postran;  
antes blasfemando ateos  
gritan del cielo con mofa,  
en el aspecto divino  
la faz encarando torva:

—¡No hay Dios!—Y la atroz blasfemia  
rodando de boca en boca,  
siguen impíos gritando  
en confusión espantosa:

—¿Qué niebla ver, importuna,  
la luz del cielo me estorba,  
que así á vivir me condena  
entre el horror de la sombra?

—¿Cuál torpe sueño las alas  
de mi pensamiento agobia,  
que noble á inquirir su origen  
jamás el vuelo remonta?  
—¿Adónde está la morada  
de esa Deidad misteriosa,  
que todos su ser conocen  
y todos su esencia ignoran?—

Y Satanás imprecando  
al Dios que rendido imploran:

—¡Hasta los ángeles—grita—  
con nuestras mundanas formas  
dudan de vos, y os maldicen,  
cuando brilláis con más gloria!—  
Y á su voz siguen los malos  
gritando: ¡Misericordia!  
Y á sus impuras blasfemias  
ciegos los ángeles tornan.

—¿Por qué, si sueño, tan sólo  
impresos en mi memoria  
los sueños profanos quedan,  
y los divinos se borran?  
—Nada los hondos misterios  
de la religión me importan,  
si ofuscan mi entendimiento  
y si mi razón sofocan.  
—Venid en tropel, deleites  
de las ya apuradas orgías,  
á ser el pasto continuo  
de mis esperanzas locas.  
—Blandos compases midiendo  
sobre las ricas alfombras,  
leves mis plantas se ensayan  
en danzas voluptuosas.  
—Liviano mi pensamiento,  
sujeta á pruebas gustosas  
imágenes de deleite  
que en mi entendimiento aborta.  
—¿Cómo las furias del cielo,  
cuando de airado blasona,  
son para mi pecho dardos  
que, antes de herirlo, se embotan?—  
Y en su ignorancia ofuscados,  
más las blasfemias redoblan;  
mientras que Dios entre un velo  
sepulta la faz gloriosa:

—Ebria de goces ansía  
ricos panales mi boca.  
—¡Qué músicas mis oídos  
vienen á herir sonoras!  
—Profano lechos, á impulso  
de estímulos que me acosan.  
—Dejan marchito y sin vida  
á cuanto mis manos tocan.  
—Arden de amor mis sentidos.  
—Es la virtud una sombra.  
—Iguales son Dios y el caos.  
—No hay más placer que la gloria.  
—Falta la luz á mis ojos.  
—Sueños impuros me acosan.  
—¡Oh, qué tormento es la duda!  
—¿Quién es Dios?—*¡Misericordia!...*—

## VI

Hastío de Dios en su mejor obra.—Aniquilación de las criaturas

—Silencio—exclamó Dios,—vil criatura,  
grosero aborto de miseria y llanto,  
en quien es siempre la materia impura  
cárcel y afrenta de tu origen santo.  
Maldigo en ti mi predilecta hechura.—  
Y descorriendo el vaporoso manto,  
al vivo resplandor de una mirada  
ángeles y demonios fueron nada.

## VII

Sentencia.—Nueva creación del hombre.—Atributos de la especie humana.—  
Vaguedad de la existencia

—Vuelva á su ser lo creado,  
y de hoy por siempre estará  
entre su Dios y los hombres,  
mediando la eternidad.

»Será un informe trasunto  
de la aniquilada ya,  
la raza humana que el orbe  
vuelva entre llanto á poblar.

»Con honra de imagen mía,  
de barro el cuerpo tendrá;  
y el alma perecedera,  
con alientos de inmortal.

»Toda su ciencia y su gloria  
dudas y sueños serán,  
y el galardón de sus penas  
la cruda muerte, y no más.»

Dijo el Señor, y á su acento  
llenó sus cauces la mar,  
y las alturas ganando  
en armonioso compás,  
por sus azules esferas  
se vió á los astros girar.  
Y como á vueltas de un sueño,  
levísimo por su faz  
sintió resbalar un beso  
entre ilusiones Adán,  
creyendo ver en los aires,  
en éxtasis celestial,  
una visión milagrosa,  
que cada vez más y más  
se fué alejando entre nubes  
del bajo edén terrenal,  
hasta que al fin quedó entre ambos  
mediando la eternidad.  
Agradecido al don triste  
de la existencia falaz,  
al cielo humilde las palmas  
alzó postrándose Adán;  
mas no hallando en su desvelo  
ídolo ante quien orar,  
y creyendo del acaso  
fruto su vida quizá,  
vino la hiel de la duda  
su corazón á amargar,  
y el don funesto maldijo  
de su existencia fatal,  
hasta que viendo á Eva al lado  
que con sonrisa fugaz  
sus dudas y desvaríos  
trocó en amoroso afán,  
el bien del alma olvidando  
por el placer corporal,  
se prosternó desde entonces  
ante la humana deidad;  
y sin que de su alto origen  
quisiese el fin deslindar,  
ni ver del hondo sepulcro  
un término más allá,  
dudas, miserias y llanto  
ahogó entre el placer carnal,  
llanto, miserias y dudas  
legando á la humanidad.

Así el hombre, de la vida  
la senda cruzando erial,

siembra al pasar ilusiones  
 y engaños cogiendo va;  
 y en curso errado, siguiendo  
 de su apetito el imán,  
 le asedian aquí pesares,  
 remordimientos allá,  
 y en guerra consigo mismo,  
 y consigo mismo en paz,  
 goza siguiendo la dicha,  
 sin alcanzarla jamás;  
 y así en encontrados rumbos,  
 atormentándole van  
 delante las ilusiones  
 y los recuerdos detrás.  
 Y muerto de la esperanza  
 el consolador fanal,  
 siguen los hombres su ruta  
 con solícito ademán,  
 esperando aquí una dicha,  
 allí esquivando un azar,  
 viendo siempre el bien lejano,  
 y cerca sintiendo el mal;  
 y prosiguiendo el camino  
 que hollaron á su pesar,  
 de dónde vienen no saben,  
 é ignoran adónde van.  
 Entre el error y la duda,  
 sin norte que brujulear,  
 ciegos caminan á veces  
 en parasismo mortal,  
 llamando gloria á la pena,  
 padecimiento al solaz,  
 á la verdad la mentira  
 y á la mentira verdad.  
 Y á veces por la fe herido  
 sucumbe el genio del mal,  
 y otras rueda el fanatismo  
 luchando con la impiedad,  
 y así en abismo espantoso,  
 entre creer y dudar,  
 incierta á su fin camina  
 la abyecta prole de Adán.

¡Ay de vosotros los tristes  
 que en tan proceloso mar,  
 luchando con las tormentas  
 sin esperanza bogáis,  
 sabiendo por vuestro daño  
 que de la ruta al final  
 sólo será vuestro premio

la cruda muerte, y no más!  
 Y vos, los que en sueños vagos  
 de eterna felicidad  
 creéis de vuelo, en muriendo,  
 sobre los aires pasar,  
 ¿qué galardón, miserables,  
 por fe tan ciega esperáis,  
 si está entre Dios y los hombres  
 mediando la eternidad?...

## VIII

Desaparición del Criador.—Último adiós á la esperanza

Así acabaron las glorias  
 DE UN MUNDO QUE YA PASÓ;  
 y al ver á las criaturas  
 aniquiladas su Dios,  
 el cieno tocó, y del centro  
 se alzó Adán entre su hedor,  
 y un beso sobre su frente  
 para animarle estampó.  
 Y viendo tan vil hechura,  
 trasunto de otra mejor,  
 la faz al último cielo  
 por no mirarla tornó;  
 y una lágrima derrama,  
 glorioso emblema de amor,  
 que al descender ardorosa  
 sobre la cima del sol,  
 evaporada á sus rayos  
 en nube se convirtió.  
 Y alejándose escondido  
 entre el augusto vapor,  
 avergonzado, su hechura  
 por última vez miró,  
 hasta que entre ambos, doliente,  
 en faz de eterno dolor,  
 con su poder invisible  
 la eternidad arrastró.

¿Y para siempre apartado  
 de vuestro seno, gran Dios,  
 no probaré las delicias  
 de tan inefable amor?

¡Loco de mí, que corriendo  
 tras una y otra ilusión,  
 iba ganando el sepulcro  
 con infatigable ardor,  
 el término de mis penas,

y de mi fe el galardón,  
creyendo en mis desvaríos  
ver al través de su horror!  
Mas ya por la misma senda  
tan sin esperanza voy,  
que falta en torpe letargo  
en mi juventud precoz,  
el vuelo á mi pensamiento,  
y el ansia á mi corazón;  
y sin admirar, cantando  
vuestra grandeza, Señor,  
falta entusiasmo á mi pecho  
y falta canto á mi voz.  
Y pues que en vano me canso,  
id, esperanza, con Dios,  
y apagad de vuestra antorcha  
el peregrino fulgor,  
que aquí me quedo llorando  
de mis cantares al son,  
una jornada perdida,  
huyendo de otra peor.  
Y aunque impía me engañaste,  
sepultando mi ilusión,  
al llevarme fascinado  
con tu destello traidor,  
recibe el último vale  
del que te da su perdón  
desde este páramo yerto  
donde no nace una flor.

¿Y adónde vos, engañados,  
en tan ciega confusión,  
camináis, hermanos míos,  
treguas prestando al dolor?  
Si vais como yo marchando,  
lleno de fe el corazón,  
creyendo tras el sepulcro  
pasar á vida mejor,  
doblado como yo la frente,  
tened el paso veloz,  
que por sentencia de Él mismo  
para nosotros no hay Dios.  
Mas no, seguid vuestra senda  
al mágico resplandor  
con que la dulce esperanza  
vuestra niñez alumbró,  
y ¡oh, si afanado corriendo  
de vuestras huellas en pos,  
por su destello alentado  
pudiera segueros yol...

## EL ALMA EN PEÑA

**Advertencia.**—El objeto que me he propuesto al bosquejar esta tragedia, es el de agitar una cuestión que se puede convertir en filosófico-religiosa.

No presento más que una pequeña fase del cuadro que me había propuesto desarrollar, porque para su total desempeño me han faltado fuerzas, solícitud y tiempo. Esto, sin embargo, no destruye la existencia de la idea primordial, pues aunque estuviera engalanada con accesorios más ó menos importantes, y el plan hubiese correspondido á la vasta idea que me formé de él en un principio, el fondo siempre hubiera quedado el mismo.

La cuestión está reducida á lo siguiente:

«¿La voluntad, reguladora de nuestros actos físicos y morales, obra por sí misma con absoluta independencia, ó lo hace á impulsos de una providencia superior?»

Jamás he podido convencerme de las razones de los que han pretendido probarnos que carecemos de libre albedrío, y que todos nuestros actos están regidos por la omnipotente mano de Dios. Si esto fuese así, sería necesario confesar que Dios hacía un ayo sobradamente descuidado, porque tales cosas hace el hombre que desacreditarian su augusta dirección.

¿Y quién es el necio que, por otra parte, cree que, abandonados á nuestros propios deseos, vivimos, crecemos y nos multiplicamos ni más ni menos que los animales de un orden inferior? Esta teoría, en mi concepto, era suficiente para hacer morir de hastío á cuantos presumiéramos de tener sentido común. Se me dirá que, al darnos Dios el libre albedrío, nos concedió un instinto de percepción que distingue lo bueno de lo malo, y que, por consiguiente, somos responsables de nuestros actos, en cuanto obramos con conocimiento de causa; pero esto, á lo más, no pasa de ser una argucia escolástica, porque si los alientos espirituales se hallan subyugados por los estímulos de la carne, poco importa que la Omnipotencia nos haya dado entonces el don de conciencia, pues sería lo mismo que enseñarle á un hambriento el pan inaccesible á su estómago. Doy por supuesto, que no lo creo, que en las batallas interiores tengan el mismo grado de intensidad el espíritu y la materia para ganar la victoria: el que por último quede vencido, aquel será menos fuerte, y el castigarle por su impotencia sería una iniquidad. No es mi ánimo en este lugar prejuzgar la justicia ó injusticia de la suerte ulterior que nos espera, y sólo trato de manifestar que, así como no me contenta ver á Dios encargado de velar sobre nosotros con un eterno puplaje, me repugna en extremo hallarme con un albedrío que, á pesar de mi conciencia, ha de ser arrastrado por el sentido más loco.

Y si por una parte es absurdo pensar en la intervención directa del cielo, y por otra demasiado desconsolador tener por nuestros únicos móviles las eventualidades del acaso, ¿cuáles son los medios por los que nuestra naturaleza debe estar en relación con el alto fin para que ha sido creada?

Un espíritu que se filtra en el corazón de los actores tomando alternativamente las diferentes formas de un sueño, de una memoria, de un placer, de un dolor, de una esperanza, de un presentimiento, es el resorte invisible que determina las acciones de este drama; pero semejante medio es indeterminado, local, raquítico. Basta para desarrollar esta composición, pero no cumple con el objeto que me había propuesto. La cuestión, por consiguiente, queda indicada, pero no resuelta. Falta hallar otro eslabón más aéreo que éste, infinitamente más universal, que abrace todos los actos de la existencia de los hombres hasta sus últimos pormenores; que no se aplique á él un caso dado, sino que él sea aplicable á todos los casos. Es menester, en fin, hallar la identidad de ese ser misterioso ante el cual nuestra voluntad es una esclava, á quien unos llaman *sino*, otros *hado*, otros *estrella*: que se insinúa en el corazón por caminos desconocidos, que excita nuestros instintos de un modo tan invisible, que á veces nos fuerza á hacer lo contrario que anhelamos. En la conciencia de la humanidad hay un sentimiento constante de atribuir el buen ó mal éxito de sus acciones á un director espiritual, y si al cruzar el erial del mundo tiene el hombre una convicción tan profunda de que jamás marcha solo, ¿quién es entonces ese duende que le acompaña?...

Abandono la resolución de este problema, porque me parece de la mayor importancia, y digna por lo mismo de que se ocupe de ella otra pluma más diestra que la de un pretense filósofo de veintitrés años.

## EL ALMA EN PEÑA

**PERSONAJES:** Irene (*Alma en pena*).—D. Luis de Castro.—Elvira.—  
D. Pedro de Lara.—Ana

PRIMERA PARTE

ÁNGEL-DEMONIO

I

MORIR AMANDO

Tenía Irene un amante,  
y aunque al amor no se aviene  
la firmeza del diamante,